

Ética para una profesión imposible: El psicoanálisis

Eduardo Díaz Amado, MD, PhD.⁶

Sinopsis

En este artículo, el autor reflexiona sobre la intrincada relación entre ética y psicoanálisis, planteando un “experimento mental” en el cual cuestiona a psicoanalistas sobre su preferencia entre técnica y ética. Destaca la carencia de reflexión ética en el campo del psicoanálisis y aboga por una educación humanística que fusione técnica y ética para cultivar la confianza en la sociedad. Desde una perspectiva contemporánea, explora cómo la ética abarca conocimientos y motivaciones que influyen en nuestras decisiones y valoraciones de la vida. Reconoce que se espera que el analista no sea perfecto, pero sí posea una educación integral, no solo enciclopédica y emocional, sino también respecto a la naturaleza humana y, fundamentalmente, acerca de sí mismo. Aborda la dualidad de las motivaciones humanas según Freud, subrayando la relevancia del desarrollo moral y la autonomía en la vida adulta. El artículo concluye destacando la contribución del psicoanálisis para vivir de manera más plena y la imperativa necesidad de que los psicoanalistas sean agentes éticos en beneficio de la sociedad.

1. Introducción

La gentil invitación que me hiciera la Asociación Psicoanalítica Colombiana a dictar una conferencia sobre ética y psicoanálisis, el 2 de septiembre de 2023, me obligó a pensar en cómo abordar un tema tan amplio en un tiempo muy corto. Se me ocurrió, entonces, iniciar con lo que los filósofos llaman un “experimento

⁶ Miembro Asociado de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Director del Instituto de Bioética de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

mental”, esto es, proponiendo una situación ficticia para, mediante su examen, vislumbrar elementos que permitan comprender mejor un asunto o problema de la realidad. Así, planteé a los asistentes, unos, psicoanalistas con experiencia, y otros apenas en formación, esta situación:

supongamos un paciente ilustrado, alguien con una muy buena educación en un sentido amplio, que está interesado/a en el talante profesional de quien va a ser su analista, y por esto le pregunta: *doctor/a, ¿usted qué privilegio más en su trabajo como psicoanalista, la técnica o la ética?*

Pedí en la charla que dejaran para el final el compartir lo que habían pensado. Y para usted, estimado/a lector/a, ¿cuál sería su respuesta?

He supuesto, prejuiciosamente, que muchos de mis colegas preferirían escabullirse de dar una respuesta concreta y, en cambio, devolverían el reto con otras preguntas como, por ejemplo, ¿qué sentido tiene dicho interrogante?, ¿por qué un paciente habría de preguntar algo así?, ¿era el paciente un neurótico, un psicótico o un perverso?

Imagino esto porque creo que, con el tiempo, los psicoanalistas incorporamos buena parte de nuestro entrenamiento y, sin darnos cuenta, comenzamos a ser muy contenidos también en la vida cotidiana. Aprendemos que nuestro rol es abrir los horizontes del pensamiento y aumentar el *insight*; indagar sobre lo que inquieta a quienes nos consultan. Pero en nuestro experimento mental estamos apenas en un ejercicio intelectual, y no habría por qué temer la satisfacción de los deseos de quien nos interroga ni las confesiones contratransferenciales.

Me temo que la verdadera razón de evitar dar respuestas concretas en este caso –en mi imaginación prejuiciosa– es que los psicoanalistas dedicamos poco tiempo y energía para reflexionar sobre la relevancia de la ética, y de las humanidades en general, en nuestro quehacer. No como algo extra, sino intrínseco al psicoanálisis mismo. Por eso creo que este tipo de preguntas, o no se entienden o no se les considera relevantes. En mi suposición algunos se inclinarán por la técnica, tal vez denotando que quieren aparecer adustos y *acertados* (como se decía de los buenos médicos antes), y otros por la ética, si desean ser percibidos como cercanos y confiables.

Pero más allá del juego de las posibilidades, este artículo es, de algún modo, una invitación a mis colegas, para que se preocupen un poco más de su educación humanística, un campo amplio dentro del cual incluyo a la ética.

En psicoanálisis se trata de promover que el paciente fortalezca su aparato de pensar, comenzando por las emociones, como lo postula W. R. Bion (1992) o de que fortalezca su yo, como lo planteó S. Freud (1940 [1938]), por citar solo dos posturas. En contraste, en el campo de la ética, y el de la filosofía, se trata de sopesar argumentos y propuestas que guíen la toma de decisiones y la conducta, y que ayuden a resolver los problemas, dilemas y dudas que siempre surgen en la aventura de la vida.

De mi parte compartiré desde ya lo que yo le contestaría a nuestro paciente ilustrado imaginario: *no importa si privilegio la técnica o la ética, cualquiera de las dos orienta satisfactoriamente al analista*. Dedicaré estas líneas a explicar mi postura. No se trata de una simple estrategia retórica o una muestra de lo que es *cantinflar*; más bien, de extender lo que sería una segunda invitación: a reconocer que estos dos términos están profundamente imbricados, en particular cuando estamos en el contexto de una profesión que, como la medicina occidental en sus orígenes, busca el bien del paciente.

2. La ética y los orígenes de la medicina: un modelo para el psicoanálisis

La mayoría de psicoanalistas no necesitarían nada más, para sentirse satisfechos con su quehacer, que la sola experiencia de adentrarse en las profundidades de la psique humana, utilizando el método descubierto por Freud a finales del siglo XIX. El psicoanálisis contribuye al autoconocimiento, la reparación emocional, la disminución del sufrimiento psíquico, la expansión de la autonomía personal y el aumento de la creatividad en quienes deciden analizarse. Que los pacientes logren cosas como estas no solo es fantástico para ellos, es también motivo de gozo personal para sus analistas por haber contribuido a tales resultados.

El psicoanálisis es, también, una poderosa herramienta para expandir la comprensión que tenemos sobre la sociedad y la vida humana. Más allá de lo que proponen las ciencias sociales y humanas, así como la medicina, las religiones, la economía o el derecho, el psicoanálisis problematiza los dogmas y el statu

quo, inaugurando una mirada crítica y revolucionaria sobre el trasegar de la existencia. Por su indeleble compromiso con la verdad y con la investigación, por interesarse en lugares prohibidos y en aquello que está impregnado de tabúes y permanece reprimido, el psicoanálisis es como las cosas más interesantes de la vida: atrae tanto como atemoriza.

Pero más allá de la satisfacción y el gozo personales que se puedan obtener siendo psicoanalistas, es necesario reflexionar sobre sus fundamentos y modos de proceder, para considerar si efectivamente debemos demandar de sus practicantes el comprender que técnica y ética pueden llegar a ser, en un sentido histórico-conceptual, términos sobrepuestos.

Se suele asociar a la ética con un discurso de tipo prohibitivo o del deber ser. Cuando se habla de ética, se piensa en códigos y mandatos, generalmente desvinculados del contexto necesario para comprender el por qué de tales obligaciones. Pero el talante normativo de la ética no se reduce a los artículos de un código. Lo normativo se refiere a reconocer el modo apropiado o correcto de proceder en la vida en general o en determinadas circunstancias, por ejemplo, en una profesión u oficio específicos. *Normativo* es que *determina* un asunto, en este caso, la calificación sobre el decidir y el actuar, ¿sobre qué bases? En el caso de la vida en general, principios y valores, en consonancia con el tipo de personas que somos y la sociedad en que vivimos (Díaz Amado, 2022). En el caso de una profesión, será la naturaleza de dicha profesión. En el caso de la medicina, por ejemplo, sus objetivos técnicos –curar o rehabilitar-, deben ir de la mano con su fin ético: el bien del paciente en tanto persona (Pellegrino y Thomasma, 1981). En otras palabras, ¿para qué la salud? Para que la persona pueda vivir su vida como desea. La salud es un bien biológica y moralmente valioso. En la profesión médica, técnica y ética deben coincidir.

Aunque en Colombia, como en otros lugares del mundo, no es reconocido como una profesión, el psicoanálisis posee rasgos que permitirían caracterizarlo como tal: conocimiento experto, autorregulación, ofrecer un beneficio para la sociedad y que quienes lo practican reciben honorarios por sus servicios. Pero una profesión respetable también debe incluir un rasgo de la mayor importancia: generar confianza pública en la sociedad. ¿Cómo garantizarlo en el psicoanálisis?

La palabra *profesión* y otras como *profesional* y *profesor*, comparten la misma raíz latina, *professio*, que se refiere a profesar o ejercer públicamente un oficio. Hace referencia a un campo del saber en el que hay personas expertas que declaran públicamente dicho saber y se comprometen a utilizarlo para el bienestar de las personas y de la sociedad. Ser profesional implica, entonces, un compromiso público y por esto los profesionales, de cualquier índole, están obligados a rendir cuentas a la sociedad. La esencia de una profesión y, por ende, del ejercicio de sus miembros, es hacer el bien a partir del conocimiento especializado que posee.

Sin importar, entonces, si en Colombia los psicoanalistas hemos obtenido del Estado reconocimiento pleno en tanto profesionales, o no, el compromiso con nuestro propio quehacer, sus bases, sus métodos y sus fines no puede ser otro sino el de actuar como tales. No para mantener un monopolio o ciertos privilegios, sino para enviar el mensaje a la sociedad de que las cosas se hacen bien. Hay una diferencia entre actuar como seres biológicos, ciudadanos, miembros de un partido político o creyentes de una religión, a actuar como profesionales, en nuestro caso, como psicoanalistas.

Actuar profesionalmente es hacerlo con arreglo a fines legítimamente establecidos, utilizando métodos probados y eficaces, de una manera correcta, sin olvidar que los objetivos técnicos (la curación) se desprenden de un fin ético (el bien del paciente). Por esto un psicoanalista debe estar dispuesto a revisar permanentemente, tanto las bases teóricas de su oficio, como los resultados, y también su proceder, para hacer los ajustes necesarios. Pensar de esta manera es pensar éticamente. Y actuar profesionalmente, es actuar éticamente. Los orígenes de la profesión médica con los hipocráticos de los siglos V-IV a de C. ilustran a la perfección esta coincidencia.

Los hipocráticos se distinguieron de otras escuelas de su época relacionadas con el arte de curar porque se preocuparon por fundamentar el suyo, la *techné iatriké* (arte de los médicos), en la ciencia, dándole además un sentido práctico y reconociendo la dimensión ética que esto implicaba. La afirmación de W. Jaeger (1992) a este respecto es contundente: “[s]in exageración puede afirmarse que la ciencia ética de Sócrates, que ocupa el lugar central en los diálogos de Platón, habría sido inconcebible sin el procedimiento de la medicina”

(p. 783). No es de extrañar, entonces, que un filósofo de la talla de Aristóteles se haya apoyado en la medicina hipocrática para describir su doctrina del justo medio –la virtud- en el libro II de su *Ética a Nicómaco* (Carrick, 2001). La medicina fue así, en sus inicios, un modelo de actuar bien, técnica y éticamente hablando.

En la medicina hipocrática podemos ver, siguiendo a M.D. Lara Nava en sus notas a *Sobre la medicina antigua*, cómo “[l]a *téchnê* se distinguía de la *epistêmê*, porque no era una realidad puramente teórico-deductiva, y de la *empeiria*, porque suponía un sistema de reglas y categorías sólidamente estructurado” (Hipócrates, 1995, p. 38). Dicho de otro modo, gracias a la *techné iatriké*, el arte o la ciencia de los médicos hipocráticos, los filósofos griegos pudieron ejemplificar lo que significaba proceder o actuar bien, es decir, de forma *virtuosa*, pues la salud tiene un valor moral.

Desde esta perspectiva, esperaríamos, entonces, que un analista, al que su paciente le preguntara que si técnica o ética, no se exasperara ni se encogiera de hombros, sino que respondiera, con sonrisa empática, que estos dos términos no se excluyen. Que, en cualquier caso, puede sentirse confiado (el paciente). Es lo que he tratado de señalar, que la ética en una profesión, en particular en el campo de la atención en salud, física y mental, es proceder correctamente desde el punto de vista técnico, y que la técnica, en el sentido de la *teché* de los hipocráticos, es garantía de un actuar ético.

3. El buen psicoanalista

Un psicoanalista no es un experto al estilo de un físico teórico o un filósofo, que se mueve predominantemente en la teoría o la especulación. Tampoco es un simple empírico, que procede sin el conocimiento de causas o sin un esquema ordenado y verificado. El psicoanalista que actúa profesionalmente busca integrar episteme y experiencia, esto es, metapsicología y clínica. Pero para alcanzar la excelencia profesional debe, además, tener siempre presente el fin último de su quehacer, el bien del paciente, y los principios y valores que en nuestra época son reconocidos como fundamentales, por ejemplo, los que se encarnan en el *código de ética* de la Asociación Psicoanalítica Internacional y en los postulados de la bioética (Díaz Amado, 2022).

La ética es condición de posibilidad para que exista confianza, un valor esencial para la vida en sociedad. Podríamos decir que los ciudadanos deben poder tener confianza entre ellos, y de su parte frente a las instituciones, el Estado y el gobierno de turno. En nuestro caso hablamos de cómo el psicoanálisis, como campo del saber, y los psicoanalistas, como profesionales, pueden generar confianza. Si cada quien hace lo que le parece, si no hay criterios para considerar una acción como correcta o incorrecta, de acuerdo a ciertos métodos, objetivos y fines, y si no hay mecanismos para revisar y corregir, entonces, escasamente tendremos algo así como una profesión y será difícil que las personas que a ella acuden tengan confianza. Es más, no vendrán.

Como se dice en *Sobre la ciencia médica* (Hipócrates, 1995),

“[p]ues yo afirmo que esto es lo propio de la ausencia de ciencia: que no haya nada correcto ni incorrecto. Pero donde existen lo uno y lo otro, eso no puede ser ya obra del azar, sino de la ciencia” (p. 25)

Es claro. Por la manera como procedieron los hipocráticos, se puede ilustrar lo que significa para un oficio o profesión contar con criterios normativos que no se reducen a meras reglas de cortesía o a imperativos de tipo legal, sino que apuntan a reflejar la naturaleza del oficio o profesión. Sea desde la ética o desde la técnica, hablamos de criterios para distinguir formas correctas o incorrectas, buenas o malas, de proceder.

La motivación y el motor de un psicoanalista en su trabajo debe estar en su fuero interno. El pensar y actuar profesionalmente significa haber entendido la naturaleza del psicoanálisis, y no por miedo al castigo o por obligación contractual. El actuar correcto, técnico y éticamente, podemos entenderlo como un *objeto* que es necesario *introyectar* (usando el lenguaje psicoanalítico). Esto implica, entre otros, la existencia de modelos adecuados que puedan seguirse. Por esto los seminarios, el análisis didáctico, el *colegaje* y una dinámica viva en las sociedades de psicoanálisis se tornan en asuntos de la mayor importancia. Imaginar que se puede ser técnicamente hábil y éticamente deficiente es aceptar una disociación en la comprensión de estos términos, y delata una pobre formación del carácter y la identidad psicoanalíticas.

Si se entiende bien de qué trata el psicoanálisis, sus bases, métodos y fines, no se necesitan cursos de ética para garantizar que el psicoanalista lo

sea. Aquí “entender” significa en el sentido de *insight*. Un psicoanalista que ha aprendido bien psicoanálisis, no solo sabe metapsicología y técnica, sino que se ha dado cuenta de que aquellos asuntos que se ponen bajo el manto de la ética en su profesión, son parte de la profesión, y no caprichos de viejitos o un relleno sin importancia.

Para un psicoanalista que no ha asumido radical y sinceramente la naturaleza de su profesión los cursos de ética y bioética servirán, a lo sumo, para adornar su oficio, incluyendo rituales pseudoéticos y pseudojurídicos contemporáneos, como la firma de un formato de consentimiento informado desvinculada del procedimiento adecuado. O para involucrarse intelectualmente en debates que mojan prensa, como la maternidad subrogada o la eutanasia. En cuestiones de ética también funcionan los mecanismos de defensa de los que habló A. Freud (1954), como la intelectualización, la negación o la proyección.

Solo sincronizado tales cursos con una adecuada formación, que apunte a poner en contacto al candidato con la naturaleza de la profesión que ha escogido, se aumentarán las probabilidades de que dicho candidato será un buen analista, lo que es el objetivo pedagógico y ético de la formación. Lo fundamental es que pueda aprender cabalmente qué es y en qué consiste el campo en el que ha decidido adentrarse, el psicoanálisis.

Puede haber diversos enfoques o escuelas en psicoanálisis; pero la diversidad epistemológica y metodológica no riñe con la esencia ética de la profesión. Es lo que he tratado de ilustrar a partir de la manera cómo surgió la ética en Occidente, en la antigua Grecia, de la mano de la medicina, y cómo de este hecho es heredero el psicoanálisis. Para Wallwork (1994), el psicoanálisis le apuesta a la integridad científica e interpretativa, mientras que la ética busca la integridad analítica y normativa.

4. La ética y la posibilidad del psicoanálisis

Desde una perspectiva contemporánea, para A. Cortina (1996) la ética se refiere a un tipo de conocimiento y motivación particulares que están a la base de nuestras decisiones y valoraciones de la vida en su conjunto. En la antigua Grecia, filosofía y medicina se disputaban la autoridad para orientar a los individuos sobre lo que significaba vivir bien. En la actualidad podríamos

decir que el psicoanálisis tiene una palabra que decir al respecto. No lo hace a través de aconsejar, adoctrinar, orientar o sermonear. Más bien, busca situarnos frente a frente con nuestras motivaciones –inconscientes- o fantasías, lo mismo que nuestros temores y angustias. Aunque algunos psicoanalistas se *resistan* a admitirlo, el psicoanálisis no es neutro en un sentido valorativo, pues busca que podamos vivir mejor. Y cuando digo “mejor”, quiero decir más acorde a nuestra esencia o vocación; a nuestro deseo y planes de vida, que han de estar fundados más en la libertad y la creatividad que en la represión, la culpa, la desconexión o la desintegración.

Los seres humanos somos entidades que no solo tienen una vida biológica, y por lo tanto luchan por su subsistencia y por prolongar la especie, sino que habitan también un mundo cultural, moral y político. Esto nos conmina a ser responsables de nuestras decisiones y actos. Sin embargo, la tendencia determinista del psicoanálisis, esto es, que todas nuestras decisiones y actos están moldeados por la estructura y motivaciones inconscientes, pareciera no dejar espacio para la libertad. Tal vez no sea una acusación del todo justa (Wallbrock, 1994).

Pero frente a esta aparente imposibilidad, la experiencia clínica nos muestra otro panorama: seres humanos forcejeando para construir sus vidas y luchando por no ceder ante el peso del destino. Rescatar una vida condenada a cometer las mismas equivocaciones, aunque con trajes diferentes, y llevarla a que se revele luminosa y con la capacidad para renovarse si lo desea, a no repetirse, es una gran contribución del psicoanálisis. Los psicoanalistas creemos que la vida puede ser vivida de forma distinta. De la experiencia clínica viene la esperanza razonable que neutraliza lo trágico de la narrativa metapsicológica (Ídem).

Para Freud las dos motivaciones básicas de la existencia, *subsistencia y conservación de la especie*, se constituyen en las dos pulsiones básicas de la vida humana. Es posible distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de los instintos del yo. Los instintos responden así a una de dos grandes necesidades: el hambre y el amor (Freud, 1914a). Son fuerzas tan poderosas que su acción ha dado lugar al surgimiento de civilizaciones y del devenir histórico. La cultura es una consecuencia de la eterna contienda del ser humano para

responder a los dictados de su propia especie y enfrentar el medio en el que ha de vivir y perdurar.

La moralidad es una función yoica y no solo superyoica, como a veces se tiende a pensar por parte de los psicoanalistas. Como señala V. Frankl (1991),

“...debe quedar bien claro que en el hombre no cabe hablar de eso que suele llamarse *impulso moral* o *impulso religioso*, interpretándolo de manera idéntica a cuando decimos que los seres humanos están determinados por los instintos básicos. Nunca el hombre se ve impulsado a una conducta moral; en cada caso concreto decide actuar moralmente” (106).

Este planteamiento nos ayuda a comprender en qué consiste actuar ética o moralmente⁷: es una decisión, que se toma a partir de una conexión entre las emociones, el pensamiento y la voluntad. Si se trata de espontaneidad, la conducta moral con frecuencia no es la primera de la fila.

En el reto de asumir el aspecto moral de la existencia, el ser humano debe también transitar y superar las etapas de su propio desarrollo. Hay que crecer y convertirse en adulto, una etapa en la que se espera tanto madurez psíquica como moral, en otras palabras, autonomía y buena relación con los demás. Este proceso también puede ser leído en términos del camino que emprende la libido en el ser humano desde sus más tempranas etapas. Como lo explican Laplanche & Pontalis (2004), para Freud el narcisismo primario corresponde a un estadio en el que el ser humano, cuando es niño, “...se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores” (p. 231), lo que va de la mano de la omnipotencia de sus pensamientos. El desarrollo de un individuo sano implica la transformación de esta libido narcisista, de modo que surja el equilibrio entre el amor a sí mismo (autoestima) y el amor a los demás (libido objetal).

Para Freud (1914a), “[l]a evolución del yo consiste en un alejamiento del narcisismo primario...” (p. 26), esto es, que el individuo ya no es omnipotente sino realista y considerado, pero también imaginativo y creativo. Al mismo tiempo, este proceso incluirá una moralidad en la que se actúa con base en principios y valores universales, que incluyen el respeto por los demás, la solidaridad, el cuidado y

⁷ Por more de la brevedad asumiré aquí indistintamente estos dos términos.

la justicia. De la omnipotencia infantil se ha de pasar a la intersubjetividad y la capacidad de autocomprensión del adulto.

La escala de desarrollo moral de Kohlberg (1992), aunque ha recibido diferentes críticas, en particular por su sesgo de género, sirve para ilustrar que, así como nos desarrollamos corporal, biológica y psíquicamente, también lo hacemos en tanto seres morales. Para Kohlberg (*idem*) esto significa pasar de un nivel inferior, en el que las actuaciones son de carácter narcisista infantil, es decir, egoísta o para evitar castigos, a un nivel superior, en el que la motivación para las decisiones y actuaciones es, sobre todo, un convencimiento profundo de los propios deberes y valores que han de tener vocación de universalidad (perspectiva kantiana), esto es, ubicados más allá de los intereses particulares o privados que puedan tener los individuos. Esto no quiere decir que lo universal y lo particular no puedan coincidir. No es extraño que los valores de carácter universal ubiquen al agente moral en conexión con el amor al otro, el respeto a la comunidad y el bienestar de todos (Díaz Amado, 2002).

Desde la ética del discurso, por otro lado, según plantea Habermas (1990), lo que es normativo desde el punto de vista ético no surge de la intuición o los sentimientos meramente, sino de una posición susceptible de explicarse y legitimarse cognitivamente en la intersubjetividad. Las normas o mandatos necesitan de “un discurso real” y no de una posición monológica que acontece exclusivamente en la mente de un individuo particular. El principio de la ética discursiva se refiere a un procedimiento mediante el cual buscamos que las normas que nos rijan sean válidas y legítimas para todos aquellos a quienes dichas normas afectarían.

Este procedimiento, que debe ser justo y adecuado, para decidir qué normas –éticas y políticas- nos han de regir, garantiza a los participantes la posibilidad de confiar en que aquello acordado no podría ser rechazado por alguien que adopte un punto de vista universal (de nuevo, en la tradición kantiana). En la ética del discurso nos hemos de ubicar en el lugar del “todos”, y no solo del “yo” o el “nosotros”, para así vislumbrar lo que es justo, en tanto nadie ha sido excluido y la voz de cada ser humano está representada (Díaz Amado, 2002). La ética discursiva es intersubjetiva, y la intersubjetividad es una señal de madurez psíquica.

Tal vez haya una relación entre la perspectiva intersubjetiva, presente tanto en el psicoanálisis como en la reflexión ética contemporánea, con la interdisciplinariedad que promueve la bioética para debatir problemas éticos relacionados con la esfera biomédica y de investigación en ciencias sociales y humanas (Álvarez Díaz, 2014). Para entender el papel de la ética en psicoanálisis, se necesario tener una mirada interdisciplinaria (Wallwork, 1994).

5. El carácter de la práctica psicoanalítica

El psicoanálisis como teoría y práctica incluye una determinada concepción del ser humano y de su psique (perspectiva antropológica). Para llevar a cabo su trabajo, el psicoanalista, en tanto profesional, como dice Wallwork (idem) necesita "...conocer los valores implícitos en el enfoque psicoanalítico de la naturaleza humana, por la misma razón que en términos generales es deseable estar al tanto de los determinantes inconscientes del pensamiento y de la acción" (p. 27).

El fin ético de ayudar a alguien que está necesitado tiene en el psicoanálisis una connotación especial. El analista debe proceder cuidadosamente por la enorme vulnerabilidad del paciente, el analizando, que no resulta solo de su condición de enfermo o sufriente, sino de lo que este pone en juego en el análisis: su psique, su propio ser, su historia, sus emociones, sus relaciones y sentimientos. No es más riesgoso caer en manos de un mal cirujano que en las de un mal psicoanalista.

El psicoanalista recibe a alguien que busca ayuda para superar un sufrimiento existencial y que, para lograrlo, se verá abocado a revelar aspectos íntimos y dolorosos de su propia vida, incluyendo aquello que Bollas (1991) llama "lo sabido no pensado". Se trata de experiencias tempranas que han dejado impronta y que, por ser previas al lenguaje, no han podido ser representadas, pero que, en todo caso, juegan un papel central en la economía psíquica del sujeto. Por esto deben surgir en el proceso psicoanalítico, y esto no ocurre sin esfuerzo, dolor y constancia.

La situación analítica es de renunciación en ambas partes. Por parte del analista, es necesario poner a un lado sus ideas, angustias, necesidades y deseos, y facilitar que el centro del encuentro sea el paciente. No se trata de

dirigir, sermonear o guiar al paciente, sino de ayudarlo a que él o ella descubra su propia verdad, a que se fortalezca su yo y a que pueda ser lo más libre, creativo y productivo posible. Uno de los objetivos del psicoanálisis quizás pueda expresarse con las palabras de Píndaro (2000), poeta de la Grecia clásica, (2000): “ojalá llegues a ser quien eres”.

En sus *Consejos al médico* (1912), Freud advierte que la práctica del psicoanálisis le impone al psicoanalista ciertos riesgos y paradojas: poner las propias necesidades a un lado, para seguir las asociaciones libres y las fantasías, deseos y demandas del paciente. En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, el mismo Freud (1916-1917) nos pide que aprendamos a reconocer la transferencia y a no ceder ante la necesidad de gratificación de los pacientes. Por eso debemos aprender a mantener una atención flotante, permaneciendo *opacos* para el paciente, sin satisfacer sus deseos de carácter infantil, evitando intelectualizar o convertir el encuentro psicoanalítico en un intercambio ameno de opiniones.

Aun así, como plantea M. Vecslir (2003),

“[e]l lugar del analista y su función no pueden ser pensados en ausencia de sus deseos, de sus ideales y de sus referencias identificatorias. No hay más neutralidad que la neutralidad del juicio de valor sobre los deseos y elecciones del paciente, lo que es mucho decir” (p. 242).

Aquí es donde de nuevo podemos ver la apuesta ética, que es a la vez técnica, del psicoanálisis. El analista no puede dejar de ser persona, de ser quien es y sentir lo que siente. Pero si ha comprendido bien lo que es el psicoanálisis y se ha ejercitado apropiadamente, podrá utilizar adecuadamente su propia psique, su propio inconsciente, para ayudar al paciente.

Para Freud (1937) era claro que “...también la peculiaridad del analista demanda su lugar entre los factores que influyen sobre las perspectivas de la cura analítica y dificultan esta tal como lo hacen las resistencias” (p. 249). Sin embargo, lo interesante es que los analistas suelen saber más de las resistencias del paciente que de sus propias peculiaridades.

En este punto vale la pena recordar los consejos de R. Greenson (1976): “[e]l analista debe saber oscilar entre la imposición de privaciones y la manifestación

de interés por el paciente” (p. 214). No ceder ante las demandas del paciente no significa ser cruel o inhumano. Y, de nuevo, esto no es meramente por cortesía o condescendencia, sino porque hace parte de la técnica misma el psicoanálisis. En este punto Greenson (idem) nos dice:

Aunque dejo que el paciente vea cómo me interesa e implica, mis reacciones tienen que ser discretas. Yo no trato de tomar partido en ninguno de sus conflictos, salvo que laboro contra sus resistencias, contra su perjudicial comportamiento neurótico y contra su autodestructividad. Pero en lo fundamental soy el representante del entendimiento y el insight que procura una atmósfera de trabajo serio, sinceridad, compasión y moderación.

Para lograr lo anterior, el psicoanalista debe saber serlo, de la manera correcta y en el momento preciso. Entre otras, debe aprender a reconocer la transferencia y saber manejarla a favor de la cura. Como dice C. Thompson (1951), es presuntuoso actuar como analista en una situación familiar o social, así como es un error técnico no actuar como tal en el contexto de una relación analítica. El conocimiento intelectual del problema del paciente no es el que conduce a la cura, como nos lo recuerda Freud (1914b) en *Recordar, repetir y reelaborar...*, sino la experiencia emocional correctiva que proporciona el psicoanálisis.

Podría decirse que la formación del analista conlleva tres facetas: la adquisición de bases teóricas e intelectuales sólidas, el desarrollo de habilidades clínicas y comunicativas, y una estructura de personalidad suficientemente organizada y sana. Por esto, el análisis propio debe ser la columna vertebral de la ética del psicoanalista. Como lo señala Vecslir (2003), “[e]l análisis del analista y la reflexión sobre su práctica, posibilitan que el compromiso de su propia subjetividad pueda ser metabolizada en beneficio de la discriminación y al servicio de la conducción de la cura” (p. 243).

Pero el análisis personal del analista ha de ser complementado con una adecuada educación teórica, que incluya los conceptos esenciales propios de la disciplina, así como los temas relevantes para su práctica en la actualidad, por ejemplo, los relacionados con la ética, la bioética, el escenario político y el ordenamiento legal. Como nos lo recuerda E. Fromm (1953), la psicología podría ayudar a entender la motivación, pero no la validez de los juicios de valor.

La verdad es que, como dice Freud (1937) "...los psicoanalistas no han alcanzado por entero en su propia personalidad la medida de normalidad psíquica en que pretenden educar a sus pacientes" (p. 249). Esto podría usarse como argumento *ad hominem* contra el psicoanálisis. Pero el mismo Freud defiende a los psicoanalistas al decir que tienen derecho "a ser hombres como los demás" y que simplemente "han aprendido a ejercer un arte determinado". Aquí Freud se mueve a través de la lógica y el sentido común: a un médico enfermo del corazón no se le considera inepto para tratar enfermedades del corazón, siempre que pueda hacer lo que debe hacer.

Para Freud (1937), "...el analista, a consecuencia de las particulares condiciones del trabajo analítico, será efectivamente estorbado por sus propios defectos para asir de manera correcta las constelaciones del paciente y reaccionar ante ellas con arreglo a fines". Por esto se le pide "...una medida más alta de normalidad y corrección anímicas" y tener "...alguna superioridad para servir al paciente como modelo en ciertas situaciones analíticas, y como maestro en otras". Y debe profesar "...amor por la verdad".

Ser psicoanalista no es, entonces, nada fácil. Y si pensamos en sus resultados, aunque tengamos suficientes argumentos para confiar en sus postulados y métodos, así como en los criterios que guían a los psicoanalistas en su actuar –cuando lo hacen profesionalmente–, el psicoanálisis puede ser fuente de frustración y desencanto. Cuando se es psicoanalista en algún momento se llega a entender por qué Freud (1937) llegó a considerar la profesión que él mismo fundó como una *profesión imposible*, junto con la educación y la política (Malcolm, 1980).

No se le puede pedir al analista que sea perfecto, pero Freud (1937) considera que para serlo se debe ser una persona de "un alto y raro acabamiento". ¿Esto qué significa? Ser una persona educada, no tanto en un sentido enciclopédico o con ciertas maneras, sino estudiosa de la naturaleza humana y atenta a sí misma. Por todo lo que está en juego y por todo lo que demanda su profesión, un/a psicoanalista debe preocuparse por formarse bien, ser una persona ilustrada y entrenarse para el estoicismo que demanda su quehacer.

Para el paciente el psicoanálisis es también un camino de renunciación, que le ayudará a adquirir la capacidad y la libertad mental suficientes para que

aprenda a distinguir lo consciente de lo inconsciente; así como los elementos para pensar y decidir de forma más auténtica. En *Análisis terminable e interminable*, Freud (1937) arranca diciendo que “[la] experiencia nos ha enseñado que la terapia psicoanalítica, o sea, el librar a un ser humano de sus síntomas neuróticos, de sus inhibiciones y anormalidades de carácter, es un trabajo largo” (p. 219). El paciente debe saber que su apuesta no es pequeña y debe estar preparado para persistir.

Freud habla del psicoanálisis como un método de “permitir” hablar a los pacientes sobre aquello que surge cuando están en sesión. Pero la verdad es que la asociación libre, la regla fundamental del psicoanálisis, es muy difícil de hacerse realidad al cien por cien. Y si a esto le sumamos la interpretación de los sueños y la dificultad que esto entraña (Malcolm, 1980), las cosas no son simples. No es difícil ver que desde el paciente también se demanda una cuota de fe y estoicismo. Por esto, como lo advierte Freud (1916-1917) en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, el psicoanalista debe ser cuidadoso en el manejo del lenguaje, con las palabras que utiliza, y considerado, como sugería Greenson (1976), según se citó más arriba.

El paciente debe saber que el camino no será corto, no porque el psicoanalista desee ganar más dinero, sino porque esa es la naturaleza del psicoanálisis, de su propuesta de abordar lo mental y los problemas existenciales de los seres humanos. Puede haber críticas y otros enfoques, pero no por eso el psicoanálisis debe renunciar a sus propias bases, propuestas y métodos. Ya desde su época Freud adivinaba una tendencia a buscar soluciones rápidas y atajos. Una ilusión que permea el mundo de hoy en su inmediatez y precariedad. Es llamativo que Freud (1937), aún lejos de nuestra época, relaciona estas fantasías con lo que él llama la influencia de la “prosperity norteamericana”, que podríamos leer como la ilusión de la productividad y la rentabilidad que nos dominan hoy.

Freud mismo confiesa que, ante un curso de tratamiento que parecía no avanzar, se desesperó, y le impuso un plazo al paciente para lograr la mejoría (1914b). Y si esto le pasó al maestro, ¿no deberíamos ser más comprensivos cuando incurrimos en errores y desesperos? Esto no quiere decir que olvidemos que todo análisis tiene un término, pero su fin no debe ser la abreviación, sino su

profundización. Siguiendo a Ferenczi, en una conferencia de 1927, Freud (1937) dice que es “decisivo para el éxito que el analista haya aprendido bastante de sus propios <<yerros y errores>>, y cobrado imperio sobre los <<puntos débiles de su propia personalidad>>” (p. 248). De nuevo, esto depende de su buena formación técnica y el talante ético adquirido.

Conclusiones

El aprendizaje y la práctica del psicoanálisis conllevan un gran reto, que comparte con las profesiones de la salud: el que sus miembros y practicantes entiendan que técnica y ética son dos conceptos que no están separados ni son excluyentes. Que, por el contrario, se imbrican y se requieren el uno al otro para su cabal comprensión y puesta en escena en el diario ejercicio profesional.

Es fundamental, para que el psicoanálisis sea una profesión y una práctica reconocida en la sociedad, que los psicoanalistas se distingan por su carácter ético que es, al mismo tiempo, pulcritud teórica y técnica. Si un/a psicoanalista comprende esto, logrará vislumbrar con más claridad todo lo que su quehacer implica y contribuirá a que el psicoanálisis sea una profesión y una práctica confiable para la sociedad.

El psicoanálisis ofrece un camino al vivir mejor. Por eso, entre otras cosas, vale la pena ser psicoanalista, y hay que serlo de la mejor manera.

Referencias

- Álvarez Díaz J. A. (2014). *Psicoanálisis y bioética. Revista Latinoamericana De Bioética*, 15(28-1), 64–79. <https://doi.org/10.18359/rlbi.523>
- Bion W.R. (1992) *Cogitations*. New York: Routledge.
- Bollas A. (1991) *La sombra del objeto: psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Carrick, P. (2001) *Medical ethics in the Ancient World*. Washington, DC.: Georgetown University Press.
- Cortina A. (1996) *El quehacer ético*. Guía para la educación moral. Madrid: Santillana.

- Díaz Amado, E. (2002). *De moralidad y eticidad: dos dimensiones para la bioética*. Acta bioethica, 8(1), 9-19. <https://dx.doi.org/10.4067/S1726-569X2002000100002>
- Díaz Amado E. (2022) *Ética y psicoanálisis: un horizonte por explorar*. Revista Colombiana de Psicoanálisis, 47(2): 373-392.
- Frankl V. (1991 [1946]) *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Esp.: Herder.
- Freud A. (1954) *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud S. (1912) *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (pp. 107-120). Volumen XII. Buenos Aires: Amorrortu (edición de 1976).
- Freud S. (1914a) *Introducción al narcisismo*. En: Joseph Sandler (1991) Estudio sobre Introducción al narcisismo de Sigmund Freud (pp. 9-28). Madrid: Julián Yébenes.
- Freud S. (1914b) *Recordar, repetir y reelaborar* (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II) (pp. 145-158). Volumen XII. Buenos Aires: Amorrortu (edición de 1976).
- Freud S. (1916-1917) *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Volumen XV. Buenos Aires: Amorrortu (edición de 1976).
- Freud S. (1937). *Análisis terminable e interminable* (pp. 211-254). Volumen XXIII. Buenos Aires: Amorrortu (edición de 1976).
- Freud S. (1940 [1938]) *Esquema del psicoanálisis* (pp. 133-210). Volumen XXIII. Buenos Aires: Amorrortu (edición de 1976).
- Fromm, E. (1953 [1947]) *Ética y psicoanálisis*. Bogotá: FCE.
- Habermas J. (1990) *Moral Consciousness and Communicative Action*. Cambridge, MA.: The MIT Press.
- Hipócrates (1995) *Sobre la ciencia médica* (pp. 19-34) y *Sobre la medicina antigua* (pp. 33-69). En: Hipócrates. Juramento hipocrático – Tratados médicos. Madrid: Planeta D'Agostini.
- Jaeger W. (1992) *Paideia*. Santafé de Bogotá: FCE.
- Kohlberg L. (1992) *Psicología del desarrollo moral*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Laplanche J. & Pontalis J.B. (2004 [1967]) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Malcolm J. (1980) *The Impossible Profession* – I. A psychoanalyst reflects on what Freudian therapy can —and cannot— achieve. *The New Yorker* (November 16). Disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/1980/11/24/the-impossible-profession-i>, consultado 30 octubre 2023

Píndaro (2000) *Obra completa*. Edición y traducción: Emilio Suárez de la Torre. Segunda edición. Madrid: Cátedra.

Pellegrino, E. y Thomasma, D. (1981) *A philosophical basis of medical practice. Towards a philosophy and ethic of the healing professions*. New York: Oxford University Press

Thompson C. (1951 [1950]) *El psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.

Vecslir M. (2003) *La actualidad del psicoanálisis. Interrogantes sobre el lugar y la función del analista en la práctica actual*. En: H. Lerner (compilador) *Psicoanálisis: cambios y permanencias* (pp. 231-253). Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Wallwork E. (1994 [1991]) *El psicoanálisis y la ética*. México: Fondo de Cultura Económica.